

con poder permanente en fuerza interna o que han adquirido mayor rango en ésta no sean los de gran fuerza externa (yiddish, inglés, árabe, ladino, alemán y francés).

Las posiciones relativas de kurdo y persa fueron, en Israel, las que más mejoraron; las de italiano, francés chico y eslovaco las que más empeoraron; esto porque los judíos de esas procedencias (Noráfrica, Checoslovaquia) hablaban otros idiomas y se desplazaron al hebreo, al ladino, al yiddish y al alemán. Este último, aquí (como en sus medios de origen) ha seguido siendo el rival por excelencia del yiddish y de las lenguas nacionales de Europa Central.

Israel apoya como segundas lenguas: 1) al inglés (por las relaciones con los judíos estadounidenses y por otras razones no específicas); 2) al francés y al árabe que se enseñan en las escuelas y se transmiten por radio; 3) al yiddish, el ladino y el mugarabiano (o árabe nor-africano) el rumano y el ruso (que se usan para boletines diarios) y el húngaro (en otros semanales). Proscribe de las transmisiones radiales sólo el alemán desde la segunda guerra mundial en adelante.

Los autores asientan que:

La victoria del hebreo es muy reciente y, por ello, aún suscita fuertes emociones cualquier política de mantenimiento de lenguas [no-hebreas]; pero, como en otras partes, llegará el día en que Israel verá... su fondo de lenguas extranjeras como un recurso que hay que atender y cultivar.

La influencia de Fishman y el ejemplo de Estados Unidos en años recientes no están lejanos de esta aseveración.

La porción consagrada por Haya Fisherman al mantenimiento del rumano y su desplazamiento por el hebreo entre los judíos que llegaron de Rumania es de interés parecido al del resto del tra-

bajo. La elección del grupo se explica si se considera que después del yiddish y del árabe, el rumano era primera o segunda lengua de 60 000 israelíes. Un punto de fuerza del mantenimiento del rumano está en un periódico: *Viata Noastra*, con 29 000 ejemplares de circulación; un punto débil, el teatro (que es una forma de entretenimiento muy apreciada entre los rumanos) ya que éste, en su versión rumana, no puede competir ni con el yiddish ni con el hebreo. Fisherman afirma que, aquí, el rumano está lejos de estar muertos, que habría medios de reanimarlo, pero que ese impulso no puede ganar fuerza en una sociedad fuertemente competitiva como la israelí, que se desplaza seguramente hacia el hebreo.

Este trabajo confirma —una vez más— que Israel es hoy uno de los focos de atención para el sociolingüista y que puede y debe ser, uno de los laboratorios de experimentación más estimados para el planificador lingüístico.

Oscar Uribe-Villegas

Joshua A. Fishman: "The Impact of Nationalism on Language Planning." *Aspects sociologiques du Plurilinguisme*. Actes du 1er. Colloque AIMAV. Bruxelles. DIDIER. París, 1971. N. N. Cheboksarov: "The Process of National Consolidation in the Countries of Southern and South Easter Asia." Nauka Publishing House. Moscow, 1966.

Fishman, es un estudioso que repudia las simplificaciones apresuradas, por ello, a diferencia de lo que hacen otros, ni alaba ni condena simplemente el nacionalismo. Ya en otras aportaciones suyas, distinguió entre "nacionalismo"; es decir, entre: 1) el sentimiento hipertrófico del ser nacional y su correspon-

diente conducta xenófoba, de una parte, y 2) la decidida pero ecuánime voluntad de realizarse nacionalmente la cual permite hablar de una "construcción de naciones" que tiene —en lo político— paralelismos con lo que se puede llamar una "construcción de idiomas" en sentido sociolingüístico.

Aquí, Fishman da un paso más: muestra a) que hay formas diversas de nacionalismo; b) que, dentro de cada una, se mezclan en grados y modos distintos 1) las influencias recibidas de Occidente, y 2) las reacciones en contra de Occidente, y 3) que esto repercute: 1) en las evaluaciones sociolingüísticas; 2) en las decisiones de la política lingüística y 3) en las formas de la planeación lingüística.

Dentro del nacionalismo todo, hay —según nos recuerda— tensiones, y existen también conflictos potenciales. Tensión la hay porque la mayoría de las naciones-en-construcción (*nations in fieri*, diría Emile Sicar) son simultáneamente (y nosotros lo hemos subrayado y repetido *ad nauseam*) civilizaciones que buscan modernizarse. Por nuestra parte, nos creemos más afortunados que Fishman porque, habiéndonos beneficiado de los oportunos comentarios del sociólogo egipcio Abdel Malek sobre las "naciones nuevas", hemos podido decir que *algunos tipos* de éstas (las renacientes, como México, Egipto, China...) son, tanto culturas que tratan de renacer como civilizaciones que tratan de modernizarse. Esto permite evitar uno de los riesgos de la exposición de Fishman, pues el lector no prevenido puede sentirse tentado a creer que todos esos países nuevos tienen que recurrir o a) a un mito sociopolítico soreliano (como la "teoría lingüística gran-solar" de los panturanistas) o b) a la resurrección de reinos fabulosos (como el de Mali) o c) a la creación de fracciones representativas que permitan hablar de una resurrección (como ocurre en algunos jóvenes

Estados africanos) olvidando que las culturas que están *renaciendo* (y no resucitando): a) tuvieron una objetividad insoslayable. b) que dejaron tras de sí monumentos y documentos que testimonian su existencia, y que c) su vitalidad intrahistórica no por haber permanecido soterrada durante siglos ha dejado de tener una vigencia psicológico-social indudable.

Estados en los que hoy se repudia el nacionalismo (en los que, en realidad se le *teme*, así no sea sino por la indomeñable rebeldía irlandesa) suelen olvidar que ellos mismos pasaron por una etapa de construcción nacional y de "nacionalismo". Fingen olvidar que ciertos acontecimientos históricos (como el combate del catarismo) fue, simultáneamente: 1) una lucha religiosa contra la herejía (de origen maniqueo o zoroástrico en último término), 2) una reducción sociolingüística del Languedoc (o región de la lengua de Oc) a la hegemonía de los de la "Langue d'Oïl", y 3) un proceso sociopolítico: a) centralizador, b) unificador y c) uniformador (pues como ocurre casi siempre, se prefirió olvidar que, para unificar *no es indispensable uniformar*, aunque sí lo sea *armonizar*). Y se olvida —también— que fue el nacionalismo hipertrófico de los Estados —europeos el que, llevado a un contexto mundial, se convirtió, precisamente, en imperialismo; de este modo, cuando Toynbee y sus compatriotas repudian el nacionalismo no hacen sino rechazar únicamente el "nacionalismo de los demás, en cuanto el mismo interfiere con su enmascarado "nacionalismo propio". Este aflora como lo que es en un momento en que la metrópoli británica: 1) sufre el embate crítico de los acontecimientos, 2) tiene que ironizar defensivamente sobre sí misma al cantar su reconocimiento de que es "strictly second-class" y 3) aparece, así, como menos capaz que la España de 1898 para superar, por las vías de la sublimación,

su degradación política internacional.

Fishman indica que el nacionalismo (lo.) es, prácticamente, compatible con cualquier sistema político: a) con las "democracias occidentales"; b) con el fascismo (bajo el nombre más revelador de "nacional-socialismo"; c) con el socialismo (sin que precise cuál, ni en qué forma lo es), y que 2o.) en Europa occidental, lo que hubo —en el principio— fue una coincidencia de Estado y nación (también una hegemonía de una "lengua nacional" sobre las lenguas regionales, a las que se trató de sacrificar y que, a pesar de todo, aunque sea sólo como vestigiales, en Francia y Gran Bretaña o España, perviven todavía).

Junto al caso de esos Estados-nación, se daba el de los grandes imperios que, o eran evidentemente multinacionales, o lo eran disimuladamente; el de los Habsburgos (austro-húngaro), el de los Osmanlíes (otomano), el de los Romanov (ruso-zarista). En ellos, el Estado no coincidía con la nación; en ellos, había, por debajo del aparato estatal, varias naciones (cada una, por lo general, con su lengua propia).

La solución wilsoniana al problema de la falta de coincidencia biunívoca entre algunas naciones europeas y ciertos Estados (desintegradora de Austria-Hungría y del Imperio Otomano, pero incapaz de plantear siquiera otros problemas europeos de índole análoga de Gran Bretaña, Francia, España...) mostró la forma en que el problema ni se planteó ni resolvió more geométrico (aunque lo parezca) ni de acuerdo con un principio general de moralidad o justicia internacional pues, con una especie de "despotismo ilustrado", los vencedores impusieron una solución a los vencidos, *aparentemente* en beneficio de las nacionalidades oprimidas (según la presentación del Presidente-Profesor); pero, en realidad, en provecho de las potencias vencedoras que, so capa de altruis-

mo, degradaban y debilitaban aún más a las vencidas.

Después de la segunda guerra mundial, la independización formal de algunos de los africanos y asiáticos (siguen siendo muchos los que aún están bajo el yugo europeo) no hizo sino plantear nuevos problemas porque si bien como señala Fishman (así no lo diga en esa forma), las decisiones políticas africanas hacen pensar a veces que algunos de los países de ese continente se estarían inclinando por una solución a la "austro-húngara", esto sólo se puede pensar que, mientras en el imperio de los Habsburgo había *multi-nacionalismo*, en los Estados africanos actuales suele haber —en un nivel sociohistórico distinto— *multitribalismo*; que mientras en un caso existía una unidad *mecánica* artificiosa que había *que deshacer*, en el otro, hay una unidad *orgánica que se debe construir*, convirtiendo en bienes los males del coloniaje.

Fishman usa el marco de sus estudios de contraste entre el "Estado-nación" y las "nacionalidades dentro del Estado", para referirse a dos tipos de planeación lingüística (que él califica "europea", aunque Turquía sea, geográficamente, sólo en parte Rumelia, pues en otra, mayor, es Anatolia y, al menos en el pasado, haya sido asiática en el grado en que lo reconocía Kinglake al visitarla, mientras que en el presente, se encuentre a 22 años de distancia de lo institucional europeo, y sea hoy políticamente una zona de influencia estado-unidense). También habla de varios esfuerzos de planeación lingüística del sur y del sureste asiático. Y esa planeación la concibe como "la elaboración, codificación e implementación que proceden una vez que se ha llegado a la decisión política" respecto —creemos poder completarle— al uso y jerarquía de lenguas y dialectos y su mejoramiento interno (estructural) y externo (de adecuación sociolingüística).

En Francia, si se ha de hablar de planeación lingüística, hay que referirse a la *Académie française* que —como indica el autor— “apareció después de que las fronteras políticas habían llegado a su límite actual; pero, cuando aún no se lograba una completa unidad lingüística”. De ahí que, sin que haya habido una expresa declaración gubernativa, la decisión política de las clases dominante fue la de que esa institución debía combatir los *patois*. De ahí que al buscar ésta la autentificación nacional, la haya identificado con las características e intereses propios de la clase dominante, que: 1) se identificaba a sí misma como “*la nación*”; que 2) excluía de ese concepto a las clases dominadas, y que 3) se rehusaba a proporcionar “nomenclaturas técnicas” al pueblo que las necesitaba (un poco por el rumbo del descuido “patricio” en que también tiene tales menesteres la Academia española) por tratarse de sectores “faltas de refinamiento”, plebeyos, no elitistas (de los que, en cambio, sí se preocuparían muy particularmente los Enciclopedistas, movidos por una filosofía y una postura política muy diferente).

En Turquía —conforme al apunte de Fishman— “la planeación lingüística formó parte de la búsqueda de una nueva identidad turca, que fuera distinta de la otomana, y ese diagnóstico, si bien parece acertado, es incompleto, porque fue verdad que, ante el asedio de las potencias europeas, en un esfuerzo por retener al menos la altiplanicie de Anatolia, Atatürk y sus seguidores se desidentificaron de la dinastía de los osmanlis y tuvieron que luchar militarmente para asegurar su derecho a un nuevo ser nacional; pues es verdad que —en tal intento— presionados por las circunstancias y atraídos por el brillo fatuo de la “modernidad” tomaron —un poco de por doquier y sin mucho sistema— una serie de institucio-

nes europeas, e incluso una escritura (la latina) que aseguraba su modernización aunque no siempre garantizara su autentificación; pero, —también es cierto que— ése fue sólo el primer paso que acercó a Turquía a Europa y a la edad moderna, y que la alejó de Asia y de sus propias tradiciones.

En cambio, quizás esté por darse un segundo paso, corrector de los excesos y errores del primero (que se debieron a lo que éste tuvo de apresurado e irracional). Gracias a éste, será posible que el pueblo turco acabe por buscar el recobro de su autenticidad turánica, cuando vuelva las miradas hacia la cultura pasada de los pueblos turcos no sólo de Anatolia sino también de fuera de ella, y hacia el presente, lleno de dinamismo, de los turcos de Asia Central pues ahí la modernización se realiza con una simultánea autentificación, así ésta proceda dentro de situaciones de coexistencia, contacto, convivencia, conflicto y cooperación con otros pueblos, de otras culturas y de otras lenguas, y dentro de un Estado que sólo en la apariencia puede recordar al Imperio de los Romanov, en el grado en que busca acrecentar la unidad de sus diversidades (y no uniformizarlas) en el grado en que, en el futuro, evite por igual: a) la estrechez de los chauvinismos y b) la amplitud desmesurada de las uniformizaciones imperialistas.

En Turquía, la planeación lingüística: 1) consiguió una racionalización de la escritura (del mismo signo positivo que la introducción de los caracteres cirílicos entre los turco-soviéticos) al adoptar los caracteres latinos, más apropiados que los arábigos para la representación de los fonemas turcos. 2) logró una simplificación útil, al eliminar los elementos morfológicos persas y árabes que disonaban dentro de la estructura de la lengua y dificultaban su empleo por los iletrados, y 3) se aproximó a Occidente: a) al tomar muchas raíces

del latín, del francés y del italiano, pero b) sin ganar en cuanto a autenticación pues, al fin y al cabo, esas raíces le son tan ajenas a una lengua altaica como las le cualquier otro idioma indoeuropeo (como el persa en el caso turcoanatólico, como el ruso en el turcosoviético) o como las de una lengua semítica como el árabe (en ambos). Las formas *léxicas* (no los procesos morfológicos y sintácticos) persas y árabes tenían en este sentido, para los turcos, el valor adicional de una tradición histórica, y quizás hubieran debido conservarse (como se desprende de la nostalgia con que algunos hablantes del turco ven su eliminación).

Respecto del nacionalismo asiático, Fishman considera que ya se le puede estudiar, en cuanto se tienen tres décadas previas a la independencia y dos posteriores a ella. Señala que en esa región del mundo se da el caso de la búsqueda de instituciones políticas modernas unificadoras y autenticadoras. Recuerda que tanto en Asia como en África no ha habido propiamente rectificaciones de frontera a lo largo de líneas étnicas o socioculturales y que son pocas las cesiones como las de Ceilán, Birmania, Paquistán, Cambodia, Laos y Vietnam.

Los temas de la autenticación en el sur y en el sureste asiático son supraétnicos. Toda revisión de los límites internacionales heredados ha sido resistida como un colonialismo disfrazado.

La planeación lingüística en Asia del sur y del sureste, según Fishman, carga menos el acento en la autenticidad étnicas: el desplazamiento del latín, del francés, del alemán, del ruso, y del árabe, que marcó el fin de las hegemonías austro-húngara, zarista y otomana no tiene paralelo en esta región del mundo, pues en Indonesia, incluso, no favoreció ninguna de las lenguas vernáculas, sino que promovió una de

las lenguas regionales de amplia comunicación.

Para entender mejor estas aportaciones de Fishman sobre el sur y el sureste asiático, conviene relacionarlas con las que Cheboksarov hizo, durante el Congreso de Evian, sobre el proceso de consolidación nacional en esa región del mundo. En ella, según ese estudioso soviético, coexisten estructuras que van de la comunal primitiva a la capitalista; de lo tribal a lo feudal y a lo nacional (que surge), en medio de una gran diversidad de etnias, estructuras de clase y niveles de conciencia social y política, y si bien en ella prevalecen los campesinos, hay ya algunos elementos obreros, una burguesía naciente y una *intelligentsia* democrática (particularmente en Birmania, en Cambodia y Laos).

Por otro lado, si bien fue la conquista europea la que creó en ese continente, de un modo formal ciertas unidades políticas mayores, Cheboksarov reconoce que ya desde el Medioevo se habían establecido vinculaciones económicas amplias dentro de la región; que habían surgido semejanzas en cuanto a las peculiaridades de la cultura material y espiritual, y que aún lingüísticamente ya se podía advertir la tendencia a crear comunidades hablantes de mayor amplitud. En el último siglo, el colonizador proporciona el yunque contra el que se forjan esas unidades, a través de los movimientos de liberación nacional, y si bien una mañosa división explota la discordia entre diferentes religiones y así escinde unidades supraétnicas en formación (que juntas serían productivas y separadas resultan inoperantes), dentro de esos *disjecta membra* sí se consolida una unidad básica, como lo demuestra el que las distintas etnias de India reconozcan —todas— como héroes a Tippu-Sultán, a Lakshmi-bay, a Tylak, a Gandhi y a Nehru, a pesar de pertenecer a etnias diferentes.

En esta región de Asia, a) hay veces en que —como en Cambodia— las unidades natiopolíticas coinciden con naciones ya formadas o a punto de formarse, mientras que, b) en otras, —como en Indonesia hoy, y mañana en Filipinas— surge una sola nación al consolidarse etnias diferentes. En ocasiones, como hace observar Cheboksarov, el pasado remoto prefigura el presente y desmiente el pasado reciente (de conquista) como lo manifiesta la realidad sociolingüística de Indonesia que “era una provincia histórico-geográfica ya antes de la colonización (con su lengua franca malaya)” y que, tras dejar de ser colonia, ha recurrido a una variante del malayo para hacer de ella su lengua nacional, en vez de elevar a la categoría de tal a alguna de sus lenguas regionales (como el javanés).

En efecto, los pueblos más desarrollados de Indonesia (el javanés, el malayo, el minangkabau) habían creado ya, desde la antigüedad, ciertos núcleos de consolidación étnica; pero fue durante su lucha contra el imperialismo cuando la consolidación nacional hubo de buscar medios para lograr una comunicación supraétnica efectiva, en busca de la realización de una entelequia, heredada de la literatura medieval indonesia, que reconocía la pertenencia de la mayoría de la población a una sola unidad: “la nativa Nisantara, bella tierra de mil is-

las cuya unión sólo era impedida por la parcelación feudal”, lo cual muestra —una vez más— que la intrahistoria se anticipa a la historia; que ya desde antes de que estallen los movimientos independentistas o de liberación nacional, objetivados en términos militares, políticos y aún sociales, el proceso polarizante de unificación y separación procede ya, soterradamente, en el inconsciente colectivo.

Lo que a veces se olvida es que no a todas las clases (y dentro de cada una a todas sus fracciones) interesan por igual la autentificación y la modernización. A ciertos sectores de las clases media y superior les interesa más la modernización que la autentificación pues como no cultivadas o seudo cultivadas les da lo mismo leer el Donald Duck que la *Divina Commedia* o aceptar los estereotipos imperialistas de “El Santo” (de Roger Moore) que contemplar y reflexionar sobre las “Memorias de un Mexicano” de Salvador Toscano.

De ahí se desprende que, aún en casos como éstos en los que parecería que no hay intentos de recobro de un pasado perdido, los mismos pueden encontrarse si se les rastrea adecuadamente, y que cabe esperar que ellos tendrán, también, sus repercusiones futuras en la política y en la planeación sociolingüísticas.

Oscar Uribe-Villegas